

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

← BARCELONA 28 DE MAYO DE 1888 →

NUM. 335



¿A CUAL DE LOS DOS? cuadro de Federico Andreotti

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *La esmeralda*, por don José Rodríguez Mourello. — *Un corazón de oro*, por la Baronesa de Wilson. — *Un castillo de naipes*, por don Antonio de Valbuena.

GRABADOS. — *¿A cuál de los dos?* cuadro de Federico Andreotti. — *La mestiza*, cuadro de Juan Luna Novicio. — *Stella matutina*, cuadro de Domingo Morelli. — *Leñadores húngaros*, cuadro de A. Schreyer. — *El pintor Viladomat*, obra escultórica de Tasso. — *El cronista Desclot*, obra de M. Fuxá. — *El arquitecto Fabre*, obra de P. Carbonell. — *Casanovas, el último conceller en Cap*, obra de R. Nobas. — *Suplemento artístico: Las Bodas de Caná*, cuadro de P. Caliari (el Veronés).

NUESTROS GRABADOS

¿A CUAL DE LOS DOS? cuadro de F. Andreotti

Andreotti cultiva con aplauso un género mucho menos fácil de lo que cree el vulgo del arte. Ese género es en la pintura lo que es la comedia en la literatura dramática; una manifestación del genio cuyo éxito es tanto más debido al mérito de la ejecución, en cuanto no puede prometerse ni de la grandiosidad del asunto, ni de los recursos extraordinarios á que se presta un cuadro hecho con la intención de impresionar al público. El pintor italiano se permite hacer excursiones á los tiempos pasados; no empero tan pasados que no puedan comprobarse los más mínimos detalles de sus cuadros, trajes, muebles, estancias, hasta la expresión propia de los personajes que pinta con relación á su estado y á la época que reproduce; es decir que sus escenas de familia raras veces se remontan á más allá del siglo décimo-octavo.

¿A cuál de los dos? es un asunto poco socorrido de por sí y que únicamente puede tratarse cuando se está seguro de hacerlo con toda la intención que requiere, so pena de pasar completamente desapercibido del público. No sucede así con el cuadro de Andreotti: sus tres personajes son modelo de expresión: la ridícula declaración del viejo, la declaración algo petulante del joven y la ingenua indecisión de la niña corresponden á tres distintos sentimientos, á tres diferentes estados del alma, perfectamente interpretados por el autor.

LA MESTIZA, cuadro de Juan Luna Novicio.

Luna se ha propuesto demostrar que todos los géneros pictóricos le son igualmente conocidos, por no decir igualmente fáciles. Del *Spoliarium* á la *Mestiza* hay una distancia inmensa bajo el punto de vista de la composición; como ejecución ninguna distancia. Siempre es de ver la misma seguridad en la traza, el mismo vigor de colorido, la misma cantidad de impresión. La *Mestiza* es más que un estudio; es un raptó de inspiración consagrada á un recuerdo indeleble; algo que puede haber exaltado la mente del artista, haciéndole dar hermosa forma no á una visión como las de Murillo, sino á una mujer como la de Rafael. El autor, que es filipino, quizás ha sintetizado un tipo de su patria; tampoco lo extrañaríamos: en tal caso las mestizas filipinas deben estar agradecidas á Luna. No siempre encontrarán quien las pinte tan seductoras.

Este cuadro mereció diploma de honor en la Exposición filipina de Madrid.

STELLA MATUTINA, cuadro de Domingo Morelli

Morelli es conceptuado actualmente no sólo uno de los primeros pintores italianos, sino el jefe de una escuela que si hasta el presente tiene pocos discípulos, es porque sus condiciones no pueden adaptarse á las vulgaridades del arte, ni aun siquiera á las medianías. Consiste esa escuela ó género propio en conciliar la verdad con el idealismo, hacer lo más poético sin salirse de lo más cierto. Nuestros favorecedores conocen distintas obras que de este insigne artista hemos publicado; por ellas y por la bellísima que hoy reproducimos comprobarán la exactitud del juicio que Morelli nos merece.

La salutación á la Virgen apellidada *Stella Matutina* (estrella de la mañana) es una de las más bellas y delicadas de las muchas delicadas y bellas que contiene la Letanía. No se concibe visión más simpática, más dulce, de mayor atractivo que ese lucero misterioso del alba, del cual no puede decirse si es la despedida de la noche ó el saludo del día; lucero que todos los tristes, todos los desheredados de la felicidad contemplan con una melancolía que, á pesar de todo, aleja de la desesperación. Dominado por tan poética idea, Morelli ha representado á la Virgen, flotando en el espacio con el divino Hijo en brazos, en un momento de placer indefinible, de supremo éxtasis maternal. Es una verdadera visión celeste, digna del talento del famoso pintor napolitano.

LEÑADORES HÚNGAROS, cuadro de Schreyer

En esta composición todo respira fatiga, cansancio: la labor debe haber sido muy ruda; la jornada ha sido jornada de prueba.

Pesada es la carreta; pesada es la carga; el camino poco practicable. Los caballos están rendidos; detiéñense junto al arroyo y en él saciarán la sed que les devora. La noche se viene encima y el lugar del descanso está lejos todavía: las sombras empiezan á invadir el bosque y el paisaje va adquiriendo una entonación melancólica.

No es, ciertamente, el autor de este lienzo uno de esos paisajistas que copian un pedazo de tierra con la fría exactitud de una máquina fotográfica: para esto no se es artista; el pintor que merece este título anima al calor de su genio lo que de otro modo carecería de vida y de calor; puede copiar á la naturaleza; está en su derecho ó tal vez cumple con su deber; pero la copia ha de resultar animada, el artista ha de imprimir calor al lienzo; porque sobre la faz de la tierra todo vive y esa vida es la que debe comunicarse el paisaje, como lo ha hecho Schreyer en el cuadro que reproducimos.

El pintor Viladomat. — El cronista Desclot. — El arquitecto Fabre. — El conceller Casanova

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición.

No es reciente ni debido á la celebración de nuestro universal certamen el acuerdo de decorar el Salón de San Juan con estatuas de esclarecidos varones catalanes. Hace ya mucho tiempo se pensó en tributar ese merecido homenaje á las ilustraciones de la historia catalana, y con amplio criterio se escogieron los personajes que debían obtener las primicias de tal honra. Un conde soberano, un bravo almirante, un conceller mártir, un cronista clásico, un arquitecto ilustre y un pintor inspirado, demuestran á propios y extraños que la generación presente no es ingrata ni olvidadiza. Las estatuas de esos grandes hombres han sido fundidas en bronce: el bronce es duradero; más duraderas serán sus glorias.

En el presente número reproducimos cuatro de esas estatuas, debidas Viladomat á Tasso, Desclot á Fuxá, Fabre á Carbonell y Casa-

nova á Nobas. Los cuatro escultores, paisanos nuestros, han ejecutado á conciencia sus trabajos que, con motivo de la Exposición, han sido colocados en sus respectivos pedestales quizás antes de lo que, sin esa fausta circunstancia, lo hubiesen sido. De esto más somos deudores al acontecimiento que ha atraído sobre nuestra ciudad la atención del mundo civilizado.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LAS BODAS DE CANÁ
cuadro de P. Caliari (el Veronés)

Pablo Caliari, apellidado el Veronés por haber nacido en Verona, floreció en el siglo XVI y es conceptuado uno de los más ilustres maestros de la escuela italiana. Escultor y pintor á un tiempo, como Miguel, fué discípulo, por lo que toca al modelado, de su pariente Gabriel Caliari, y en cuanto á pintura de Antonio Badilla. Nació en 1528 y murió á los sesenta años de edad. Es pintor fecundísimo y la inmensa mayoría de sus cuadros reproducen asuntos del Antiguo ó Nuevo Testamento.

El que hoy publicamos es de ver ó mejor de admirar en el Museo de Dresde; conceptuase una de las más acabadas obras de su autor y ciertamente puede sostener comparación con los mejores lienzos de la época, que los produjo aun no igualados. Sus condiciones son las comunes á la escuela y á la época: buen dibujo, buen color, estudio detenido de todas y cada una de las figuras y... la falta de siempre, el desconocimiento más completo de las ciencias auxiliares de la pintura.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LA INAUGURACIÓN

Sin ponderación gacettesca, sin que suene á ditirambos de un género que odiamos literaria y moralmente, bien podemos decirlo: Barcelona, en la semana transcurrida, fué teatro y espectador á la vez de un acontecimiento grandioso, ó mejor, de una serie de acontecimientos, que no volverán á ver los nacidos. Podremos, quizás, presentar la repetición aislada de alguno de ellos, con mayor pompa ó con mayor entusiasmo; nos traerá el progreso, tal vez, antes que muramos, algún suceso único de mayor grandeza, ¡quién sabe!... pero tal conjunto de elementos poderosos de vida, tal multitud de diversas gentes, tan múltiples colores, y tal clamoreo propio para la exaltación, no volverán á presentarse reunidos en Barcelona, por espacio de muchos años. La corte de España y los altos dignatarios de algunas cortes extranjeras; las mayores escuadras del Océano, y los responsables de los mejores periódicos del mundo, el exposicionista ó el turista de todas las naciones civilizadas y el forastero modesto de nuestros lugares; la brillante comparsa de arriba, chorreando oro y cruces, y luciendo sus trenes, y la negra y anónima multitud de abajo desbordada á torrentes; el personaje político cuya audiencia y cuyas palabras se transmiten y comentan por telégrafo, y el curioso que circula embobado, mareado, aturrido; quien observa, y quien siente; quien comenta con la pluma la trascendencia del hecho, y quien apunta de pie la pasajera noticia: todos se dieron cita aquí, todos se han conglomerado por un instante en nuestra capital.

Las fiestas, y recepciones y ceremonias se sucedieron sin interrupción. ¿A qué contarlas, á qué describirlas! Aquel mundo oficial, simple representante al cabo de las fuerzas vitales de un país, pero representante vistoso y con su uniforme llamativo, ha confundido, ha barajado sus diversos factores en distintos sitios y con ocasiones distintas para saludarse y obsequiarse mutuamente conforme á la etiqueta, hoy en un te, mañana en una función de gala. Y nosotros los representados, los que nos sentamos en los varios escalones de la pirámide, hemos corrido de un lado para otro atentos á la ceremonia, ó deslumbrados ó divertidos.

Momentos hubo en que esas grandes manifestaciones de la vida social han revestido singular grandeza, y en que esos cuadros de una inmensa multitud que se divierte, se han presentado á nuestros ojos de un modo tan pintoresco, pero tan complejo, que no hay forma de pintarlos con el pincel, ni de analizarlos y describirlos con la pluma.

A la caída de la tarde, cuando el último hábito de luz tiñe nuestro cielo primaveral de matices suavísimos y se espesan las sombras entre las copas de los árboles, la Rambla, la gran arteria de Barcelona, presentaba un espectáculo que sólo de lejos podía compararse, — y no se tome á mala parte la comparación, pues la usamos para evocar rápidamente una imagen aproximada, — podía compararse, digo, al golpe de vista de un día de *rua* por aquellos años lejanos en que el carnaval alcanzó gran animación, pero con mayor gentío, con más variedad en los grupos, y con más vivo esplendor. Por encima de la apinadísima concurrencia, flotaban jinetes de todas armas y penachos, en diversas direcciones; *landós* y *victorias* en que iban los más encumbrados personajes; el *malleoach*, levantando en alto el grupo de muchachas con trajes claros y alegres y los velos revoloteando al aire viniendo de las carreras, y el desvencijado coche tradicional con el repiqueteo de las campanillas viniendo de los toros; el tran-vía que se arrastra y silba sin adelantar un paso, atestado de viajeros colgando en racimos, y el pelotón de coraceros, cuyas espadas relumbran en la sombra, precediendo como una exhalación el coche de la Reina...

Un vocerío ensordecedor, compuesto de todos los ruidos imaginables, de todos los sonidos inarticulados del hombre, la aclamación, la interjección, el grito, se alza de

todo, esfumado por las sordas vibraciones que exhala la multitud como el mar.

En este cuadro, la Reina ocupaba el sitio del protagonista: lo dice el observador, no el escritor político, porque no lo hemos sido nunca. Su paso atraía á la multitud curiosa, y su singular sencillez la simpatía, pues aunque esta sencillez es ya de rigor y costumbre naturalísima entre los monarcas reinantes, todavía no se ha borrado del todo en la imaginación popular el recuerdo de un fausto tradicional y rancio que cubre la persona del monarca con manto de armiño y corona de pedrerías, ó le finge por lo menos con desusado lujo. En presencia de una señora sin tales arreos, la multitud que, en otras épocas, se hubiera apasionado á causa de ellos, sintió esta vez el atractivo de la carencia de ellos, como si acortaran la humillante distancia que la separa del trono; y bastó que se añadiese á esta impresión primera una muestra explícita de confianza y seguridad por parte de la reina para que se trocase la simpatía en entusiasmo. Un momento hubo en que este se manifestó sincero, espontáneo y simpático, como todo lo espontáneo y sincero. Los cortesanos contarán las aclamaciones en las solemnidades oficiales, y los periodistas seguirán entreteniéndose en ese pugilato por la verdad que no aparece nunca en ninguna parte tratándose de acontecimientos políticos... (y de otros acontecimientos también), pero es el caso que para el observador y el artista la tarde en que la Reina fué sorprendida en su paseo por Miramar sin séquito ni aparato, fué realmente objeto de una de esas ovaciones cariñosas é improvisadas á que se entrega nuestro obrero y nuestro burgués con tanto más ardor cuanto que proceden de cierto infantil y comprensible orgullo. Porque hay sí, un orgullo singular de pueblo honradote y culto, en corresponder á la confianza con la hidalguía, y á la ausencia de empaque de un rey, que es al propio tiempo huésped, con el cariño y la solicitud de un pueblo, que se precia de galante hospedador. El hecho es que un concurso de gentes de todas clases, y algunas bien humildes, festejaron y acompañaron á la Reina por una bajada cogiéndose á las ruedas solícitos por enfrenar el carruaje. ¡Único caso en que una multitud llevó en andas á un rey sin abdicar su dignidad, ya que el rey es una dama, el obsequio, una galantería, y la confianza, mutua, y como solaz y descanso de la aparatosa etiqueta, que no sólo á los que están abajo repugna y hasta. He visto negado el hecho por algún periodista, sin duda receloso de que significara un entusiasmo contrario á su causa, y sin embargo, nada más cierto, más corriente, y más conforme con el carácter de nuestro pueblo, que blasona de hacer gala de ruda obsequiosidad por oponer un contraste á su reserva en las ceremonias ostentosas. Y realmente, de todas ellas, incluso la brillante recepción en palacio, donde la aristocracia española, ya sin ninguna influencia social, se contenta con pasar por delante de un trono, y convierte en envidiable honor el deber risible de inútiles genuflexiones, de todas las ceremonias, digo, la única pintoresca y entretenida fué aquella, porque al menos revela y dice algo acerca del carácter de nuestra gente.

Digo la única, porque no entran en la cuenta por inusitadamente grandiosas, ni la visita á los buques, ni la apertura de la Exposición. La presencia de las mayores escuadras del mundo reunidas en nuestro puerto, el acto de saludar á S. M. en su visita, las repetidas y nutridas salvas en las repetidas solemnidades, fueron la gran apoteosis en un drama de gran espectáculo, el incomparable, el grandioso concertante en una ópera. Como en el fondo de todos los cuadros de la ciudad el horizonte y el mar, así también sobre todo ruido, el estampido de los cañonazos; así por encima de todo comentario, la significación é importancia desusada de la presencia de las naciones extranjeras rindiendo homenaje á la nación con el espectáculo verdaderamente sublime de su poder marítimo; así por encima de todas las fiestas y solemnidades, el panorama literalmente indescriptible del puerto de Barcelona, alumbrado por un sol espléndido que doraba la superficie de las aguas, atestado de buques de alto porte empavesados, y con la numerosa tripulación en las vergas, henchido de una multitud inmensa que llenaba millares de lanchas, ó se asomaba á los muelles, coronaba la vecina montaña, hormigueaba en todas partes. Inmenso el cielo, grande el espacio que abarcaba la vista, espléndida la luz, todo se empequeñecía: el marinero en las vergas, el espectador en su azotea, la lancha bogando por los costados del buque, ese mismo buque, en fin, con proyectar la sombra de un monte en torno suyo; todo se empequeñecía menos el disparo del cañón, llamarada apenas perceptible, bocanada de humo que se arrastra un instante con indolencia sobre el haz del agua, pero estampido atronador que repercute en la concavidad del cielo como si fuera tan grande como él. Decididamente ese estampido es la única voz digna de aclamar la fiesta de todo un pueblo. Sonando una y otra vez por todos los ámbitos de Barcelona, agrandaba con cierta impresión fantástica y poética la menor solemnidad.

¡Majestuoso preludio á la apertura de la Exposición! Se celebró la ceremonia y no fué cabalmente ella lo más interesante: una de tantas por el gran concurso de personajes uniformados y de gente etiquetera, con los consabidos discursos que apenas se oyen, y la fórmula de rigor, concisa y llana, el hecho, no la solemnidad, conmovía hondamente. La primera Exposición universal que se ha celebrado en España, considerada un imposible, era una verdad positiva; el esfuerzo, hasta ahora no apreciado en toda su trascendencia, el esfuerzo que ha realizado Barcelona, se ofrecía como un triunfo. Barcelona tomó á su

cargo el pensamiento, Barcelona levantó rápidamente tantos edificios, Barcelona llevó á cabo en circunstancias bien críticas un proyecto, si extraordinario siempre, doblemente extraordinario por la brevedad del tiempo. No pudimos menos de pensar cuánta energía, cuántas aptitudes, qué temperamento, y qué sucesiva serie de fuerzas y condiciones acumuladas representaba la obra, y por un instante la positiva y singular valía del pueblo barcelonés apareció á nuestros ojos en toda su grandeza. Bien puede permitirse este pueblo unas horas de inmodestia. Si aquel conjunto de gentes le ha prestado unos días de pasajero esplendor, también es cierto que en sus principales vías, en los edificios levantados, en su puerto, la ciudad ha contado con escenario digno de sus huéspedes; si la Exposición, como universal, es obra de todos, el hospedaje es obra de Barcelona, y á la altura de tan grande empresa común. Y sea cual fuere el resultado de ésta, la capital habrá dado la medida de lo que puede la inteligencia y la actividad de su pueblo, preparado larga y silenciosamente para la vida moderna, y esta medida debiera inspirarle, no el orgullo necio que ciega y esteriliza, sino la convicción varonil de su valer, que templa y enardece, para decidirse á aumentarlo y defenderlo en todas ocasiones.

J. YXART

LA ESMERALDA

Refieren viejas crónicas cómo uno de los más valiosos hallazgos que tuvieron los árabes al invadir España y apoderarse del magnífico tesoro de los Reyes godos, fué una mesa de inmenso precio. Descríbela formada de una sola esmeralda, rodeada de tres hileras de magníficas perlas y sostenida por trescientos sesenta pies de oro. Nadie sabe dónde fué á parar tan maravillosa alhaja; pero no cabe duda que en la antigüedad ha sido la esmeralda tenida en mucho y las de gran tamaño, verdaderas ó imitadas con arte prodigioso, iban unidas á las más peregrinas historias y leyendas. Su rareza les daba inapreciable valor y aun siendo, en no pocas ocasiones, vidrios teñidos de verde, el primer del trabajo, el costo y la dificultad de las operaciones, abandonadas por semejante causa en tiempo de Griegos y Romanos, hacían tener en gran estima aquellos objetos de lujo, delicadamente labrados, que poseían los Reyes poderosos y las Iglesias más ricas, y á los cuales, sobre todo perteneciendo á las últimas, daban las tradiciones y la piedad orgien casi celeste, ya atribuyéndoles virtudes, ya encajando su historia en alguna leyenda mística.

Atestigua semejante hecho el *Santo Catino* que enseñan en la sacristía de la Catedral de Génova. Es un gran plato verde transparente, de magnífico color, tenido por esmeralda hasta 1809, que se probó ser antiquísimo vidrio, teñido con perfección suma y quizá designio de imitar la piedra preciosa. Semejante alhaja procede de Palestina y fué cogida en Cesaréa, en 1101, por los cruzados. Su leyenda es parecida á la del famoso San Graal, á la de aquel cáliz verde, hecho de una esmeralda caída de la corona de Luzbel, cuando fué arrojado del cielo, en cuyo cáliz instituyó Jesucristo el Sacramento de la Eucaristía y luego en él recogió José de Arimatea la sangre del Salvador en el Calvario. Del plato de Génova, dícese fué regalo de la Reina de Saba en su visita á Salomón y que en él comió Jesucristo, con sus discípulos, el cordero de la última Cena, enlazando, de esta manera, su leyenda, con las leyendas de aquellos hermosos poemas de los caballeros de la Tabla Redonda.

Cuando el Imperio Romano, de una en otra decadencia, termina comenzando la Edad media, aparecen piedras preciosas de gran tamaño ó imitaciones suyas de infinito valor, que el Imperio heredara de los Griegos ó trajera de sus más apartadas conquistas. Las grandes esmeraldas, ó piedras que se les parecían mucho, viéronse entonces y acerca de ellas forjábanse peregrinas y fantásticas historias. Y es de notar, así en los grandes como en los pequeños objetos, el afán de producir este hermosísimo color verde del *agua marinc*, algo como intentos de reproducirla y sintetizarla, cosa no lograda sino en estos últimos tiempos, y de ahí la variedad de las tinturas verdosas, el empleo de las verdaderas esmeraldas y el uso de piedras coloreadas artificialmente de verde, transparentes y vitreas, que á ellas se parecían. Cuando quieren buscarse las razones de tales preferencias, es menester hacer la historia de la esmeralda, inquiriendo la manera como la consideraban alquimistas y artífices y así poderse dar cuenta de su importancia en todos tiempos. Tal es el objeto del presente artículo, aun cuando de antemano prometo no descender á pormenores y buscar, en la historia de la esmeralda, ciertas enseñanzas.

Desde las oscuras y confusas ideas acerca de la naturaleza de la esmeralda, hasta su magnífica síntesis realiza-



LA MESTIZA, cuadro de Juan Luna, (diploma de honor en la Exposición filipina de Madrid)

da por Ebelmen y desde los primeros intentos de teñir de verde las piedras y los vidrios, conocer los componentes de las esmeraldas, si acaso no fuese cuerpo simple, y llegar á analizarla, hasta el análisis perfecto, que ha permitido clasificarla como silicato doble de alúmina y glucina, con óxido de hierro, hay, en verdad, un mundo de trabajo, relacionado, ya de antiguo, con los problemas teóricos y experimentales de mayor trascendencia é interés científico, cosa nada extraña tratándose de la piedra preciosa más estimada, después del diamante y el zafiro; de un cuerpo que presenta la naturaleza, no muy frecuente, cristalizado en magníficos prismas exagonales, brillantes, hialinos y de hermoso color verde, duro, resistente, infusible y fijo, por los medios conocidos de los antiguos, que sólo se funde al soplete, á elevadísima temperatura; de un cuerpo, cuya belleza no puede confundirlo con los cuarzos verdes del Pirineo y que, de tiempo remoto, encontrárase en Salzburgo, en la India y en Siberia y más tarde en el Perú, de donde procede el grupo de esmeraldas sin tallar del Museo de Historia Natural de Madrid, raro y valioso ejemplar, que puede competir con aquellas maravillosas esmeraldas que adornaban antiquísimas alhajas, semejantes á la fabulosa del tesoro de los Reyes godos de España ó á las encontradas en estatuas y sarcófagos descubiertos en Egipto, donde empiezan, al decir de muy respetables autoridades en la materia, el estudio científico y los intentos de síntesis de la esmeralda. Y no hubiera sido pequeño el asombro de alquimistas y lapidarios si hubiesen sabido cómo esta piedra preciosa, cuyo mejor ejemplar conocido es el que ostenta la tiara del Papa, es hermana gemela del *berilo*, variedad más común, abundante en la provincia de Pontevedra, también cristalizándose en prismas exagonales, opacos, de color blanco verdoso ó amarillento, pocas veces transparentes y del color del agua del mar, debiendo citarse el famoso berilo de la corona de Inglaterra, tasado en dos millones y medio de pesetas, como una rareza; pues lo general es ser opacas y nada susceptibles de pulimento y talla, las piedras de que se trata.

Escasas y no bien determinadas eran, hasta hace poco, las fuentes de conocimiento respecto de los orígenes y antecedentes de los actuales métodos y doctrinas de la Química, cuyo abolengo, viniendo de muy lejos, radica en las teorías, recetas y visiones de la más genuina Astrología, cuando no en las sublimes artes de los famosos herméticos. Y es que no se daba á la Alquimia la menor importancia; sus adeptos y discípulos eran condenados sin piedad; los principios de aquella suerte de Filosofía natural se condenaban despiadadamente; despreciábanse los hechos, juzgándolos de ligero, aunque encerrasen los fundamentos de buena parte de los métodos metalúrgicos; confundiendo el simbolismo con la realidad, concediéndose importancia excesiva á la forma externa de las cosas; y por no

librarse aquella ciencia de invectivas y sátiras, el más gracioso, profundo y satírico de nuestros poetas españoles llega á desterrar á los alquimistas del mismo infierno, donde todo lo entorpecían y estorbaban. Fué necesario que un espíritu moderno, libre de preocupaciones, que un químico eminente inquiriese, con buena voluntad, los orígenes de la Alquimia, desentrañando las verdades de ella entre la complicación de los símbolos extraños, fijase los hechos conocidos y analizara las teorías y los procedimientos, verdaderamente científicos, ocultos por las oscuridades y nieblas del lenguaje laberíntico y enigmático. Fué preciso que el insigne Berthelot, registrando archivos, sacase á luz los manuscritos alquimistas de las Bibliotecas de París, Leyden y San Marcos de Venecia, juzgase, en pleno siglo XIX y con el sentido de la crítica moderna, aquellos documentos de los primeros siglos de la Era, donde se revelan las ideas de los experimentadores griegos y las tradiciones científicas de egipcios y caldeos, sus procedimientos mágicos, métodos de transmutar metales, intentos de síntesis químicas y aspiraciones de imitar y sorprender la secreta y magnífica obra de la Naturaleza.

Tan admirable como este erudito y paciente trabajo es, sin duda alguna, el contraste entre las primitivas ideas formuladas por los alquimistas, tratando de descifrar enigmas y convertir metales en oro y vidrios coloreados en piedras preciosas, y las ideas y conceptos de la Química mecánica, enunciadas y concebidas por la alta inteligencia del insigne profesor del Colegio de Francia, cuyo trabajo, comenzado en los orígenes de la Alquimia, continúa ahora en el análisis y traducción de los alquimistas griegos. En él ocupa la esmeralda lugar preferente ya que, conocida desde antigüedad remota, perseguíase su síntesis, con no igualado afán, y procuraron imitarla sin conseguirlo, aun cuando en sus intentos descubrieron procedimientos admirables y sutiles medios para teñir de verde esmaltes, vidrios y piedras, logrando fabricar joyas tan valiosas como el Santo Catino de Génova. El método no debía ser muy sencillo á lo que parece, si había de practicarse con la perfección requerida, ni tampoco barato cuando no lo

emplearon ni los refinados griegos, ni los ostentosos romanos. Demuéstrase semejante hecho estudiando el índice del legajo, manuscrito número 2,327 de la Biblioteca Nacional de París, cuyo documento XVII, folios 147 á 155, trata de lo siguiente: *Coloración (mediante fusión) de las piedras, esmeraldas, jacintos*, conforme al libro del Santuario. Continúan los procedimientos de fabricar vidrios coloreados, citando antiguos autores egipcios, el libro *Sofea* de Egipto y la química de Moisés y el XLIX, en la página 290, el cual, tratando principalmente de la muy estimada y muy célebre fusión del oro, explica la manera de ser y formarse la esmeralda, conforme á los principios experimentales del arte.

Dentro de las doctrinas de la Alquimia más sublime, lindando ya con las trascendentales cuestiones de la unidad de las materias, primer dogma de toda ciencia natural antigua y moderna, era la esmeralda considerada á modo de símbolo, cuando no tenida por elemento ó cuerpo simple. Había para ello razones potísimas, fundadas en la fijeza y resistencia al fuego de la esmeralda, cuyo color verde era inalterable y podía imitarse, poniendo el mayor cuidado y agotando los más sutiles procedimientos; en la forma cristalina constante, delicada obra de las acciones de la Naturaleza y en presentarse pura, sin necesidad de emplear ni el fuego, ni disolventes, ni azogue, para aislarla. Llamáronla *mafek* y fué colocada al lado del oro y de la plata, junto con el zafiro ó *chesbet*; por esc, dícese en los libros antiguos que los cuatro Profetas en Dendera llevan cada uno su incensario: el primero de oro y plata, de *chesbet* (azul) el segundo, de *mafek* (verde) el tercero y de *then* (amarillo) el cuarto, y hace observar Berthelot que, desde los comienzos de su ciencia, los alquimistas aseguraban no ser la esmeralda ni metal, ni de naturaleza metálica, designando las palabras *mafek* y *chesbet* muchos minerales verdes y azules, distintos de la esmeralda y el zafiro que les servían de tipo, y puede asegurarse, al propio tiempo, que sabían distinguir las sustancias naturales de las producidas en sus secretas y complicadas operaciones.

Semejante hecho explica otros no desprovistos de interés. Ante todo, he de aducir una prueba respecto de la consideración de la esmeralda y es que, en sentido de varios alquimistas, comunicaba su color al agua y entonces curaba algunas enfermedades de los ojos; confundiendo, de esta suerte, la esmeralda con alguna sal básica de cobre. Parecida á la piedra preciosa de que se trata, hallaban los primeros químicos la malaquita é incluyéronla en el *mafek* natural; mas al encontrarle aplicaciones para soldar el oro, hicieron nueva división, nombrando á la malaquita falsa esmeralda natural, comprendiendo en la verdadera, además de la especie mineralógica de nuestros días, el berilo, el granito verde y el jaspe del mismo color, sustancias inalterables y muy fijas y resistentes. El

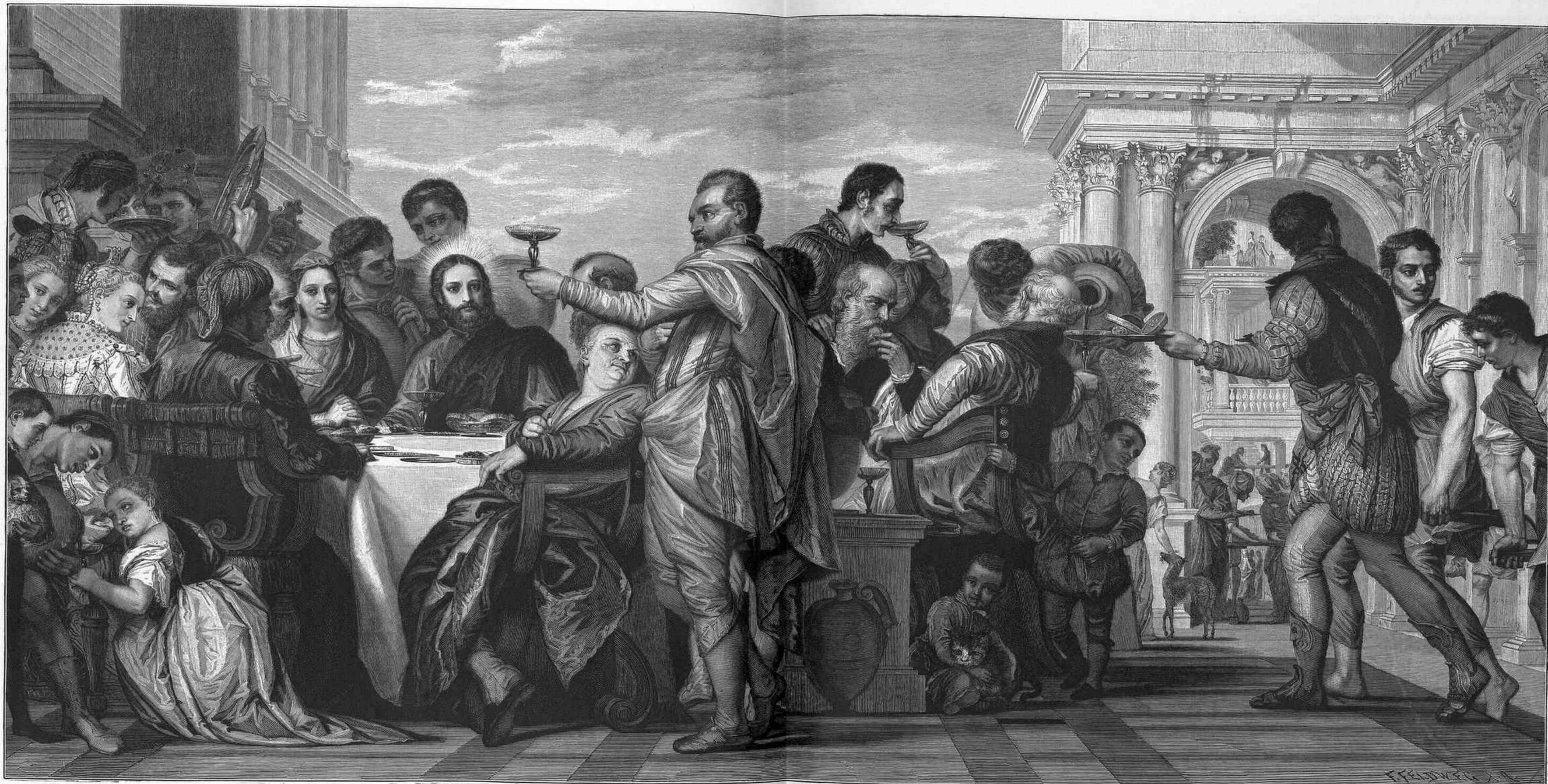


STELLA MATUTINA, cuadro de Domingo Morelli





LIBRO DE...



LAS BODAS DE CANÁ, CUADRO DE PAOLO VERONESE, EXISTENTE EN EL MUSEO DE DRESDE





ENCUENCA



LEÑADORES HÚNGAROS, cuadro de A. Schreyer



nombre de esmeralda artificial fué aplicado á esmaltes y vidrios verdes y aun á vidriados, cuya base era el cobre, y precisamente una de las cosas en las cuales se muestra más rica la Alquimia, es en métodos para teñir toda suerte de piedras y fabricar esmeraldas; en todo tiempo abundan las recetas, de cuya eficacia puede juzgarse en presencia de los magníficos objetos de vidrio verde, tenidos durante largo tiempo por verdaderas esmeraldas, tan perfecto era el trabajo y tanta la hermosura del color.

También dentro de las tendencias de la Alquimia hállase explicado este afán de fabricar esmeraldas de gran tamaño, aun sin atender al lucro y ganancia, que debieran obtenerse vendiendo una de las piedras preciosas más codiciadas. Basta recordar como era operación precisa é indispensable, si habían de realizarse las anheladas transmutaciones de unos cuerpos en otros y de todos en el oro, primera materia, teñir las sustancias, bien empleando azufre, en el caso de haber llegado al mercurio, bien diversas materias á fin de llegar á este mismo mercurio. Además, no siendo sustancia metálica la esmeralda, aunque sí muy próxima y afín de los metales, convenía sintetizarla, ó cuando menos, aumentar la intensidad de su color, dotándola de brillo y facultad de emitir luz, ya que no de otros caracteres. En punto á ello siempre fué unida, para el caso de las operaciones en cuya virtud debía fosforescer, al jacinto y al famosísimo y renombrado carbunco. Una receta de María cita Berthelot referente al caso y dice así: «si quieres teñir de verde, mezcla herrumbre de cobre con bilis de tortuga, y para ser más hermoso que sea de tortuga de la India. Pon en la mezcla los objetos y la tintura será de primera calidad. Si no tiene bilis de tortuga, emplea pulmón marino azul (medura) y harás tintura más bella. Cuando se desevuelve completamente, los objetos emiten luz.» Parecidas á esta fórmula, diéronse muchas, todas fundadas en la propiedad atribuída á las sustancias verdes, sobre todo á las de origen orgánico, de teñir de verde con la herrumbre de cobre, si se practicaban á derechas las múltiples y complicadas operaciones que el caso requería. Aconsejaban hacer perder á la bilis de los animales su parte acuosa, secarla á la sombra, mezclarla con la herrumbre de cobre y el talco, cociéndolo todo según las reglas del arte. A su vez, las piedras se preparaban tiñéndolas con agua divina, que era un sulfuro alcalino; calentábanse después y, aún calientes, se sumergían en el tinte preparado, siguiendo el precepto de los Hebreos.

De todo el cúmulo de métodos inventados por los alquimistas, de las exageraciones de su fantasía y de sus extrañas interpretaciones acerca de hechos y fenómenos que hoy nos parecen sencillísimos, quedó algo muy notable respecto de la esmeralda. Cierzo que no pudieron analizarla, ni supieron nunca que fuera doble silicato de alumina y glucina, con óxido de hierro; ni apreciaron su dureza, ni fueron capaces de determinar su forma cristalina de prisma exagonal; pero supieron tallarla y tenerla como piedra preciosa y buscarla y destinarla á sus más valiosas obras de arte y, aun equivocándose al considerar esmeralda la malaquita, cuando la sometieron á sus procedimientos, lograron reducirla y descubrieron la soldadura del oro y, al propio tiempo, equivocándose también al decir que la esmeralda se disolvía en el agua, hicieron conocer las propiedades de los colirios. Persiguieron sin cesar, durante muchas generaciones de alquimistas, la síntesis de la esmeralda y nunca la lograron, es cierto; pero llegaron á ser tan hábiles en las tinturas verdes de los vidrios, que, aun hoy, es menester ser muy perspicaz para distinguirlos de las esmeraldas verdaderas. Y en otro orden de ideas, aparte de la suerte de industria de los vidrios verdes y de los magníficos esmaltes del propio color, cuyo precio es subido, el estudio de la esmeralda que hicieron los alquimistas, contribuyó á afirmar sus doctrinas acerca de la unidad de la materia, principio admirable, esclarecido por la ciencia moderna, siendo uno de sus magníficos fundamentos; todo lo cual hace ver de qué extraña manera es eficaz el método, aun aplicado á investigar lo no descifrable ni comprensible en determinado momento.

En el contingente experimental de la síntesis mineralógica, regístrase la de la esmeralda, que de esta manera han venido á realizarse los sueños y cumplirse las esperanzas de los buenos alquimistas. No es fácil el experimento y sólo el gran químico Ebelmen consiguió realizarlo en 1848 y eso sacrificando esmeraldas naturales, de cuyo polvo y borato sódico, á elevadísima temperatura y añadiendo óxido de hierro ó cromo, pudieron obtenerse cristales exagonales, de hermoso color verde, iguales á los que la naturaleza ha formado.

Tal es, ligeramente esbozada, la historia de la esmeralda,



EL PINTOR VILADOMAT, obra escultórica de Tasso

da, cuyos antecedentes en la Alquimia, antes ignorados, concóncense hace poco tiempo. Ellos demuestran la antigüedad de semejante piedra preciosa y nos ponen en camino de hallar el origen del empleo de otros minerales, como el zafiro y el rubí, cuyo empleo en joyas y adornos viene de larguísima fecha.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

UN CORAZON DE ORO

EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS

I

La guerra del Norte con el Sur, en los Estados Unidos de América, fué una de esas contiendas colosales, asombro del universo, por el número de combatientes y por los sacrificios hechos por una y otra parte, para alcanzar el triunfo.

La contienda fué sangrienta, y tanto los Estados esclavistas como los del Norte rivalizaron en patriotismo y valor, alzándose los últimos como un solo hombre para empuñar las armas y pelear sin descanso, desde que fué disparado el primer cañonazo, á las cuatro y media de la mañana del día 12 de abril de 1861.

Las baterías del fuerte Moultrie, mandadas por el general Beauregard, fueron las que disparando contra el fuerte Sumter iniciaron la prolongada lucha, en la cual se contaron por miles las batallas y en donde vencedores y vencidos sufrieron pérdidas considerables.

Un millón de hombres encarnizados y decididos, medían sus fuerzas y preocupaban la atención universal.

En el segundo año de esta guerra de exterminio se dieron más de dos mil combates y acciones, siendo de las más sangrientas la del ataque del fuerte Donelson que rindió el general Ulises S. Grant, tomando 14,000 prisioneros, 3,000 caballos, 65 piezas de artillería, 20,000 armamentos y considerable número de pertrechos de guerra.

Entre los jefes prisioneros que más se habían distinguido por su valor temerario y su incansable actividad, se contaba un comandante joven y de marcial figura.

Gravemente herido y sin conciencia del término de la batalla, fué recogido y enviado con otros compañeros á uno de los hospitales militares.

Allí, entre la vida y la muerte, permaneció algunos días debilitado por la pérdida de sangre y casi siempre con fiebre y delirio.

Una tarde, su imaginación, más despejada que de costumbre, trabajaba por evocar sus recuerdos y darse exacta cuenta de los acontecimientos, cuando sintió cerca de sí el roce de un vestido de seda.

— ¿Ya está fuera de peligro? — preguntó una voz dulcísima.

— Sí, señora: el médico asegura que pronto podrá ser enviado á Washington á *Armory Hospital*, para que concluya su curación y trasladarlo después al viejo Capitolio.

El bizarro militar abrió los ojos y vió delante de sí una esbelta y encantadora criatura, rubia como las espigas, blanca y sonrosada, fresca y joven como la primera ilusión: sus expresivos ojos azules se fijaban con ternura é interés en el demacrado semblante del herido.

Quiso hablar, pero una mano, suave como el raso y pequeña cual de una niña, se posó sobre sus labios, diciendo:

— No hable V., el médico lo prohíbe; está V. muy débil, pero próximo á entrar en convalecencia.

El joven comandante oprimió con sus labios la preciosa mano y con la mirada manifestó su gratitud.

— Van á mandar á V. á Washington...

El enfermo hizo un movimiento de pesar y trató de incorporarse, pero lanzó un grito.

Sus heridas le producían aún dolor agudo y cayó desfallecido.

— ¿Lo ve V.? — exclamó la joven: — tranquilícese V. y no cometa imprudencias para no alarmar á las personas que se interesan por usted. Hasta la vista.

Y la hechicera visión desapareció, dejando al herido enajenado y sorprendido.

Al día siguiente fué trasladado á Washington, encontrando á su llegada que en *Armory Hospital* le habían preparado cama especial y le prodigaban mayores cuidados que á sus compañeros.

Pensó en la aparición de Alejandría y sintió como un bálsamo, como un rayo de felicidad infinita que inundaba su ser.

Su convalecencia empezaba. Sus heridas tenían buen aspecto y la completa cicatrización no podía tardar.

Varias veces había vuelto á ver á la hermosa desconocida. El interés se había trocado en la más viva pasión y el guerrero correspondió con la suya.

La rubia hija del Norte estaba decidida á compartir la buena ó mala suerte del aguerrido caudillo, á pesar de una circunstancia que era contraria á sus amores y que los hacía casi imposibles.

Hija de uno de los generales del ejército federal, no ignoraba que el autor de sus días no permitiría jamás su unión con uno de los jefes más temibles del rebelde bando, del cual deseaba el completo exterminio.

II

Completamente repuesto el prisionero, anhelaba volar al lado de sus compañeros y participar con ellos de los peligros y de la mala suerte que perseguía á los esclavistas.

Pensó en la fuga; pero ¿y Susana? ¿cómo abandonarla, cómo separarse de ella? La amaba con tal exceso, que hacía vacilar su resolución y aumentaba su tristeza é inquietud.

Por algunas palabras comprendió la joven el sufrimiento de aquel ser tan amado.

— ¿Desearías partir, quisieras exponer de nuevo tu vida? — le preguntó con ternura.

— Sí, es cierto; pero tu cariño es para mí tan sagrado, que jamás te haría sufrir el dolor de la separación.

— Tu sacrificio exige el mío; partirás y no sufriré por tu ausencia.

— ¿Cómo?

— Marcharé contigo.

— ¿Tú? ¿me darás esa sublime prueba de tu abnegación?

— Sí; mi padre aborrece á los esclavistas y nunca consentirá en que sea tuya, pero tú eres mi familia, mi todo: dentro de dos días serás libre.

Efectivamente, el oro abrió las puertas y los dos enamorados huyeron.

Las más activas pesquisas, las sumas ofrecidas por su captura no lograron ningún resultado, y permaneciendo ocultos de día, viajaban de noche en dos briosos caballos y alejándose de los puntos en que acampaban los enemigos.

Contaban dos noches de marcha cuando en la tercera se detuvo bruscamente el caballo del comandante.

Un hombre le sujetaba por las riendas.

Era un negro, alto, robusto, de facciones puramente africanas y en quien la hija del general reconoció á uno de los criados de su padre.

Existe inveterada y honda preocupación contra esa ra-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



EL CRONISTA DESCLOT, obra escultórica de M. Fuxá



EL ARQUITECTO FABRE, obra escultórica de P. Carbonell

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición

za que no tiene otro crimen que el color de su piel debido á una especie de tejido mucoso compuesto de vesículas en extremo pequeñas, las que contienen un licor oscuro que circula por debajo del cutis, según afirma Malpighi.

Injustos y severos son con esa raza los que de cerca no han podido juzgarla.

Negros trasportados á Europa y educados con esmero han sido notables por su inteligencia.

El embajador Basset, el senador Hiram Revels, son en los Estados Unidos brillante muestra de lo expresado, y el negro Abraham Petrowich tenía capacidad asombrosa para las matemáticas.

Este último fué comprado en Constantinopla, y obsequiado al czar Pedro I, obtuvo brillante educación y se distinguió en las armas, mandando la flota rusa en el Mar Negro y llegando al alto puesto de general en jefe en 1759.

Pero basta de digresión y continuemos nuestro relato.

— Al fin encuentro á V., caballero, — dijo el negro; — excelente hallazgo para mi amo y para mí.

— Ignoro por quién me tomas, — contestó el comandante confiado en su disfraz; — te equivocas sin duda; déjame continuar mi camino.

— Sé quién es V. y afirmo que á pesar de su traje de hombre y del negro color de los cabellos, vuestro acompañante es miss Susana.

— Pues bien, ¿para qué fingir? me conoces, pero ¿en dónde has podido verme?

— Cuando condujeron á V. al hospital, pregunté y me dijeron el nombre.

— ¿Qué beneficio podrás tener con mi captura? mis soldados me esperan y además no podrías prenderme tú solo.

— Lo intentaré: cerca de aquí hay una avanzada: á una señal mía ó un silbido, acudirán en mi auxilio.

— Si es por la suma ofrecida, toma una joya que vale mucho más, — y al decir esto se quitó una riquísima sortija de brillantes.

El negro la tomó, y examinándola, dijo:

— Hermosa es, pero permita V. le haga una pregunta.

— ¿Cuál?

— He oído hablar mucho de su valor de V. y de sus virtudes; ¿entre éstas existe la de no despreciar á mi raza?

— Dios la creó igual á la de los blancos: Dios la dió alma, corazón, generosidad y abnegación y cubriéndola con piel de azabache quiso probar el orgullo, la falta de caridad y las preocupaciones de la raza blanca.

— Tal vez me engaña V., pero prefiero creer en su buena fe: los brillantes de esta sortija son muy puros y el pobre negro no posee nada sino su salario y debe obedecer á su amo: sin embargo, dejo á V. en libertad respetando su valor y virtud. A miss Susana, como siempre ha sido buena conmigo, la deseo feliz porvenir; para mí me queda el recuerdo de las generosas palabras del comandante Wálker.

Y el noble negro puso la sortija en manos del fugitivo.

— Acéptala como recuerdo nuestro, — exclamó miss Susana; — tienes una alma elevada y digna.

— No; al aceptarla creería venderme: no tomándola, mi satisfacción es más pura.

Y desapareció entre los árboles, sin atender al llamamiento del comandante y de su amada.

Dos días después estaban en salvo.

III

La guerra continuó dos años más; el ejército federal obtuvo repetidas victorias y los del Sur, encerrados en un gran radio de fortificaciones de Ríchemond, vieron desmoronarse la confederación y quedar vencida por completo.

El comandante Wálker se encontraba con el general Lee cuando éste se rindió al valiente y afortunado Grant, en Appomattox Court House, y desde entonces se retiró á la Nueva Orleans, consagrándose á la vida doméstica y á la felicidad de su esposa, la heroica joven, que por doquiera lo había acompañado.

Cuando murió el general, padre de Susana, ésta escribió al generoso negro Polk para que fuera á vivir en su casa como un amigo, y á su llegada, el comandante le estrechó en sus brazos con fraternal cariño, diciéndole:

— Eres nuestro hermano y nuestro salvador: á tí debemos nuestra dicha, ven á participar de ella.

LA BARONESA DE WILSON

UN CASTILLO DE NAIPES

Pues señor, bien... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!... Ya estamos á diez y nueve de abril... Santa Inés... Y debe estar un día muy hermoso... como casi todos los años... Basta que sean los días de ella..., que estará mucho más hermosa que el día, de seguro...

Ya cantan los canarios en el comedor; debe ser muy tarde... ¡Huy! más de las nueve y media... Voy á llamar al criado para que la lleve las flores... ¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe... Como hace año y medio que faltó de la corte.

Tiraré del cordón de la campanilla... Bueno; ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo, y... ¡Adelante!... Entre V., entre.

— ¿Ha llamado el señorito?

— Sí; yo he llamado.

— ¿Quiere el señorito chocolate?

— No, hombre, no quiero chocolate (cualquiera se atreve á tomar chocolate en una fonda); quiero te con leche. Pero encárgaselo á la cocinera que tú tienes que ir á un recado.

— Adonde el señorito mande.

— Bueno, mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana. ¿Sabes? *Ramona la Valenciana*... En los derribos de la calle de Sevilla... Una de aquellas casetas de madera... Fíjate bien... tiene un rótulo de letras grandes que dice *Ramona la Valenciana*...

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande... Tú vas allí con una tarjeta mía... ¡Ah! coge la tarjeta; mira, en el bolsillo interior de esa levita estará el tarjetero... No, en el del frac, que anoche me puse el frac... ¿Está ahí?... Sí... coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta a la calle del Oso, número...

— ¿A casa de la señora condesa?
— ¡Justo! A casa de la señora condesa: á donde llevabas los dulces hace dos años.

— Está bien, señorito.
— Adiós, Alejo... Que está bien dice; pues claro que está bien... Como que casi no puede estar mejor. Dentro de un cuarto de hora poco más llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la señorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: «¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo!... ¡Y le ha faltado tiempo para felicitarle los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino, y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado que la primera felicitación que yo recibiese hoy fuera la suya!...»

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Después cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho para no separarse por entero del recuerdo mío y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!...

La verdad es que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio...

Cuando concluya de peinarse, más primorosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creará que me va á ver allí... No, no me verás, alma mía... Está muy lejos.

A media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá Inés á su madre: «Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo convidándole á comer, porque, si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y, francamente...» Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo, yo deseo verle cuanto antes... ¡Bendita seas, Inés, bendita seas!...

No, y como la condesa me convida á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. A mas de que no he de desperdiciar una ocasión así de comer con Inés... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá hoy que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algún rodeo, yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha muy formal, y si no me quisiera no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Después concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré también y las encontraré de casualidad por allí hacia la Casa del Pobre y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante-Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar la cría de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

También la veré en el Circo de Price los martes por la noche, y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y además porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa... Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detrás de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa, y haremos una expedición á Lourdes y muchas á Bayona, y así intimando cada vez más, en el viaje de vuelta me autorizará para pedirle. La pediré... y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera... de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...



CASANOVA, ÚLTIMO CONCELLER EN CAP, obra escultórica de R. Nobas

¡Qué día aquel... el día de la boda!... Y después ¡qué dicha la mía y qué felicidad tan grande!... Casado con Inés... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco después de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... Todo esto contando con que á Inés la gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella.

Viviremos en la Ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante... digo, si quiere Inés, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto ruido de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal tono.

Al verano siguiente ya tendremos un niño... ¡más mono! Se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, que lo será, el primero se ha de llamar como su padre. Le llevaremos á paseo con nosotros: iremos á paseo Inés y yo y llevaremos á la niña con el niño: nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro junto á la puerta de Alcalá y subiremos á pie por la fuente de Ga-

lápago, llevando también el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso! ¡y nos mirarán con una envidia!...»

Le iremos á retratar en casa de Napoleón, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños, y, es claro, saldrá admirablemente, y Napoleón pondrá un ejemplar abajo en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe.
— «¿De quién será este niño tan guapo?» — preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre. — «No sé,» — la contestará él aparentando indiferencia; y seguirán mirándole. Pero en esto llegará Paco que ya conocerá al niño y les dirá:

— «¿Estáis mirando á Gonzalito?»
— ¡Ah! ¿tú conoces este niño? ¿De quién es? — ¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del conde de Rueda. — ¡Qué hermoso! Claro, como la condesa es tan hermosa... (porque Inés hay que reconocer que es muy hermosa), y el conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo). — ¡Dios se le conserve! — dirá por fin Isabel ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años después tendremos otro que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Inés, sino moreno como yo, pero también será muy guapo. Después tendremos una niña que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Inés como su madre, á la que se parecerá muchísimo, pero su abuela se empeñará en que se ha de llamar como ella, y dirá que no la quitamos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y las podremos poner como nos dé la gana... y no habrá remedio más que transigir con mi suegra... que casi no se la puede llamar suegra porque es tan amable... También en esto voy á tener mucha suegra... digo mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... Y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez, y el pelito rubio como las palmas de Orihuela y las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! pero sobre todo la niña primera... Será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré... es decir, ella se decidirá, con la aprobación de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el primogénito de mi amigo el marqués de Siete-Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... Y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso.

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto;... lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luis... Pero en fin ni á ellos ni á Lolina todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luis, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo: allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Inés y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelo... Llevamos dos criadas para tener en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado y... Ahora, por ejemplo, si atiende á la niña que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanco grande y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviosos!... principalmente el segundo...

Pero ¿qué diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no se está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luis!... ¡Luis!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... voy corriendo...

— Señorito...
— Déjame, Alejo, déjame por Dios... Se va á caer...
— Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora Condesa no había nadie más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses y está, con su marido, viajando por Italia.

— ¡Ay! (*prolongado*)... Pues entonces no me importa que se caiga el niño...

ANTONIO DE VALBUENA

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN.